

Martín Fierro

José Hernández

Prólogo: **Federico Jeanmaire**

Estudio: **María Fernanda Maquieira**

loqueleg

[Prólogo]

Por Federico Jeanmaire

Sobre la mesa del living de mi casa, hace de esto una eternidad, había una edición impresionante del *Martín Fierro*. Gruesa, enorme, de tapas duras, con ilustraciones, en cuatro idiomas. Realmente impresionante. Y ubicada por mi madre en el sitio justo como para impresionar a los que llegaban. Yo era muy chico y, cada vez que venía alguien de visita, corría a esconderme detrás de una puerta para espiar, desde allí, cómo era que reaccionaba el recién llegado frente a semejante libro. Pero, la verdad, nadie reaccionaba. Nunca. Jamás. El único era yo. Y seguía impresionándome a pesar del fracaso manifiesto y sucesivo de la estrategia de mi madre. Lejos, lo que más me impresionaba era la versión en italiano: *Incomincio a qui cantare / pizzicando la mandola*. Me parecía fantástica, extraña, muy divertida, incluso había aprendido unas cuantas estrofas de memoria, a partir de ese comienzo casi lujurioso, que recitaba cada vez que se me presentaba alguna oportunidad para hacerlo, y con las que obtenía, debo reconocerlo, un éxito social fulminante. Muchos años más tarde fue que descubrí la razón de que el libro no llamara la atención de los demás: vivíamos en un pueblo muy pequeño, en el medio de la pampa; un lugar en donde uno fácilmente podía toparse con un gaucho en cualquier esquina y, por lo tanto, encontrarse con otro

gaucho —por más que de a ratos ese gaucho cantara en italiano, dentro de un libro colosal— a nadie le parecía algo demasiado interesante.

El *Martín Fierro* es la desgraciada historia de un gaucho. En gran medida contada por ese mismo gaucho desgraciado y, claro, de una manera gauchesca. Pero el *Martín Fierro* también es un largo poema narrativo. Literatura, quiero decir. Un montón de palabras escritas por un hombre culto, José Hernández. Un hombre que no tenía absolutamente nada de gaucho. No se trata, entonces, de un texto que cuida rigurosamente el habla rural pampeana del siglo XIX, sino que es una impostación, un artificio literario que la remeda. Tampoco es el testimonio de una historia de vida verdadera. Se parece a todo eso y, al mismo tiempo, no se parece. Es otra cosa. Es literatura. Y pasa que la literatura argentina, en el siglo XIX, está completamente ligada a la política. José Hernández es un hombre político. Tiene sus ideas particulares acerca de los males que afectan al país y cree que la literatura es un buen lugar para exhibir una serie de cuestiones que le disgustan. Cree que la literatura es el lugar ideal para empezar a cambiar el mundo. Aunque, claro, cree una cosa en 1872, cuando publica la primera parte del poema, y cree otra cosa muy distinta en 1879, cuando publica la segunda parte. Así de cambiantes suelen ser, a veces, los pensamientos políticos humanos. En la *Ida* parece ponerse del lado del gaucho, del individuo frente al Estado y, en la *Vuelta*, parece inclinarse por la construcción justa de un Estado moderno. Aunque, en realidad, el *Martín Fierro* somos todos en este país. Con nuestras contradicciones auestas. Por eso hay que animarse a conocerlo. Conocerlo es, también, conocernos un poco más cada uno de nosotros.

Por suerte, el poema excede por completo las intenciones políticas del autor. Si bien es cierto que, todavía hoy, muchas de las injusticias que cuenta siguen repitiéndose como si el tiempo no hubiera pasado y eso nos sirve como lectores para entender la raíz, de dónde es que vienen algunos de nuestros males nacionales, también es cierto que el *Martín Fierro* ha sobrevivido por motivos estrictamente literarios. Sigue siendo un libro que atrapa, que habla de asuntos muy difíciles de un modo muy sencillo y que mantiene su enorme fuerza dramática original.

Y una última cuestión. Más de cuarenta años después de la historia de aquel libro impresionante que ocupaba el lugar de honor en el living de mi casa, habría que reconocer que ya no se usa, como se usaba entonces, la palabra *gauchito* para calificar la buena conducta de alguien o la palabra *gauchada* como sinónimo de favor. Y, además, habría que reconocer que casi no quedan gauchos, ni siquiera en mi pueblo, que sigue tan pequeño y tan en el centro de la pampa como en aquella época. O lo que es lo mismo: que el libro ya no necesita de ediciones gruesas, enormes y con traducciones al italiano para impresionar. Que impresiona por sí mismo, quiero decir. Y atrapa. Y divierte. Y estoy seguro, incluso, que si hoy, a alguien se le ocurre aprender de memoria unas cuantas estrofas, el éxito social sería igual de fulminante que hace cuarenta años.

[Carta del señor Hernández a los editores de la octava edición]

Montevideo, agosto de 1874

Señores editores:

Sin ningún interés egoísta, ni aun de amor propio siquiera, deseo a ustedes un éxito feliz en su pequeña empresa.

¡Ojalá que el público compense con generosa protección, no el mérito de la obra que ustedes van a ofrecerle, sino sus esfuerzos y los sacrificios empleados para hacerse de ella una edición abundante y esmerada!

Permítanme ustedes manifestarles ahora la confianza con que espero, de su fina atención, que reserven a esta carta un pequeño espacio entre las páginas del folleto, porque anhelo satisfacer en ella una deuda de gratitud que tengo para con el público, para con la prensa argentina y mucha parte de la oriental; para con algunas publicaciones no americanas, y para con los escritores que, dignándose ocuparse de mi humilde trabajo, lo han ennoblecido con sus juicios ofreciéndome a la vez, sin ellos procurarlo, la recompensa más completa y la satisfacción más íntima.

Hace apenas dos años que se hizo la primera edición de *Martín Fierro* en un pequeño número de ejemplares. Su aparición fue humilde como el tipo puesto en escena, y como las pretensiones del autor.

Algunos diarios de Buenos Aires y de la campaña, como *La República*, *La Pampa*, *La Voz del Saladillo* y otros, dieron cuenta al público de la aparición de aquel gaucho que se exhibía cantando en su guitarra las desgracias y los dolores de su raza.

Las recomendaciones eran hechas en conceptos lisonjeros y honrosos, y los resultados fueron completamente favorables. Antes de dos meses estaba agotada la edición, tras de la que han venido otra y otra, hasta la 8ª o 9ª que ustedes preparan ahora.

Y ven ustedes cuán difícil me será satisfacer la deuda de agradecimiento que me impone la acogida dispensada a ese harapiento cantor del desierto.

La prensa argentina, en general, ha honrado también con una benevolencia obligante las trovas del desgraciado payador, y en una misma época, o sucesivamente, los cantos de *Martín Fierro* han sido reproducidos íntegros o en extensos fragmentos por *La Prensa* y *La República* de Buenos Aires, *La Prensa* de Belgrano, *La Época* y *El Mercurio* de Rosario, *El Noticiero* de Corrientes, *La Libertad* de Concordia, y otros periódicos cuyos nombres no recuerdo o cuyos ejemplares no he logrado obtener.

Así al consignar aquí los nombres de esos obreros del pensamiento en que se encuentran representados todos los matices de la opinión, deseo significar con este recuerdo extensivo a muchos órganos de la prensa oriental como *La Tribuna* y *La Democracia* de Montevideo, *La Constitución* y *La Tribuna Oriental* de Paysandú, que, o lo han reproducido íntegro o en parte, o lo han favorecido con sus juicios, popularizando la obra y honrando al autor.

La publicación ilustrada *El Correo de Ultramar* le brindó en sus columnas acogida que no podía ambicionar jamás

esa creación humilde, nacida para respirar las brisas de la pampa, y cuyos ecos sólo pueden escucharse, sentirse y comprenderse en las llanuras que se extienden a las márgenes del Plata.

Por lo que respecta a los escritores cuyos fallos honrosos colocan ustedes al frente de la nueva edición, ellos comprenderán los sentimientos que me animan con sólo manifestarles mi persuasión íntima de que el éxito que pueda alcanzar en lo sucesivo lo deberá casi en su totalidad a esos protectores, que han venido galante y generosamente a abrirle al pobre *gaucho* las puertas de la opinión ilustrada.

Ellos son autores, y de producciones ciertamente de mayor mérito que la mía, aunque de diverso género, y ellos saben por experiencia propia cuán íntima satisfacción derrama en el espíritu de quien ve su pensamiento en forma de libro, el ver ese mismo libro hojeado por los hombres de letras, honrado con su aprobación y prestigiado con su aplauso.

Aquí podría y hasta quizá debería poner término a esta carta, puesto que he cumplido los principales objetos que he tenido en vista; pero sea el hábito que se forma todo el que se pone en frecuentes confidencias con el público, o sea cualquiera otra razón, lo cierto es que siento la necesidad de dar expansión a mis ideas y de dejar correr libremente el pensamiento siquiera por algunos instantes.

Quizá tiene razón el señor Pelliza al suponer que mi trabajo responde a una tendencia dominante de mi espíritu, preocupado por la mala suerte del gaucho. Mas las ideas que tengo al respecto las he formado en la meditación, y después de una observación constante y detenida.

Para mí, la cuestión de mejorar la condición social de nuestros gauchos no es sólo una cuestión de detalles de

buena administración, sino que penetra algo más profundamente en la organización definitiva y en los destinos futuros de la sociedad, y con ella se enlazan íntimamente, estableciéndose entre sí una dependencia mutua, cuestiones de política, de moralidad administrativa, de régimen gubernamental, de economía, de progreso y civilización.

Mientras que la ganadería constituya las fuentes principales de nuestra riqueza pública, el hijo de los campos, designado por la sociedad con el nombre de *gaucho*, será un elemento, un agente indispensable para la industria rural, un motor sin el cual se entorpecería sensiblemente la marcha y el desarrollo de esa misma industria, que es la base de un bienestar permanente y en que se cifran todas las esperanzas de riqueza para el porvenir.

Pero ese gaucho debe ser ciudadano y no paria; debe tener deberes y también derechos, y su cultura debe mejorar su condición.

Las garantías de la ley deben alcanzar hasta él; debe hacérsele partícipe de las ventajas que el progreso conquista diariamente; su rancho no debe hallarse situado más allá del dominio y del límite de la Escuela.

Esto es lo que aconseja el patriotismo, lo que exige la justicia, lo que reclama el progreso y la prosperidad del país.

No se cambia en un año, ni en un siglo a veces, la planta de la riqueza pública de una nación.

Muchas falsas teorías, muchos principios erróneos, y que eran aceptados hasta hace pocos años como axiomas a los cuales estaban obligadas a ajustarse todas las ideas, han venido a ser destruidos por los adelantos de la ciencia, y por los fantásticos progresos que el genio del hombre realiza a cada instante.

Así ha sucedido en todas las ciencias, así sucede por lo tanto en las ciencias sociales. Sus verdaderos principios, como todos los que forman el más sólido fundamento del progreso humano, son contemporáneos de la América, unos; de la libertad de América, los más.

Antes no se admitía la idea de un pueblo civilizado, sino cuando había recorrido los tres grandes períodos de pastor, agricultor y fabril. La intransigente severidad de tales principios exigía el tránsito de un pueblo por esas tres evoluciones de la economía industrial, para discernirle el título de cultura, que de otra manera no lograba alcanzar jamás.

Un pueblo pastor significaba una sociedad embrionaria, colocada en el primer período de su formación, y elaborando lentamente en su seno los elementos que debían elevarlo en la escala de la civilización, que el error y el atraso habían graduado.

Pero tales errores no son de la época, y el progreso moderno, en todas sus manifestaciones, se ha encargado de disiparlos totalmente.

El vapor, dando seguridad y facilidad a la navegación, los ferrocarriles suprimiendo las distancias, el telégrafo ligando entre sí a todas las sociedades civilizadas, han convertido al mundo en un vasto taller de producción y de consumo. La actividad de los cambios circula, en las inmensas arterias de ese cuerpo formado por un planeta, con facilidad y rapidez, y sus efectos se extienden en cada grupo social hasta el más lejano de los miembros que lo componen.

Los pueblos no viven ya en el aislamiento, que los condenaba a marchar paso a paso, realizando lentamente las conquistas destinadas a asegurar su progreso y su perfeccionamiento.